

La Pureza de Intención



John Wesley

LA PUREZA DE INTENCION

John Wesley

COLOMBIA PARA CRISTO
Calle 44 No. 13-69 - Local: 1
Tels.: 338 47 16 - 338 38 07
Bogotá - Colombia

Pure Intent

Spanish Edition

Copyright 2015 Voice Media

info@VM1.global

Web home: www.VM1.global

All rights reserved. No part of the publication may be reproduced, distributed or transmitted in any form or by any means, including photocopying, recording, or other electronic, or mechanical methods, without the prior written permission of the publisher, except in the case of brief quotations embodied in critical reviews and certain other noncommercial uses permitted by copyright law. For permission requests, email the publisher, addressed “Attention: Permission Coordinator,” at the address above.

This publication **may not be sold, and is for free distribution** only.

LA PUREZA DE INTENCION

“No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni polilla ni orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan:

Porque donde estuviere vuestro tesoro, allí estará vuestro corazón.

La lámpara del cuerpo es el ojo; así que, si tu ojo fuere sincero, todo tu cuerpo será luminoso;

mas si tu ojo fuere malo, todo tu cuerpo será tenebroso. Así que, si la lumbre que hay en ti son tinieblas, ¡cuántas serán las mismas tinieblas!” (Mateo 6:19-23).

En este texto, Jesús empieza ahora a nombrar los actos de la vida ordinaria. El nos muestra que la pureza de intención es indispensable tanto en nuestros asuntos comunes y corrientes, como en los actos religiosos.

Sin duda, la misma pureza de intención que hace aceptables nuestros actos religiosos, debe también hacer que nuestro trabajo o nuestro empleo sean una ofrenda apropiada para Dios. El hombre puede hacer que los asuntos a que se dedica lo coloquen en un sitio de importancia a los ojos del mundo. Si no está sirviendo a Dios, no tiene por qué esperar ninguna recompensa de El. Otro tanto ocurre con aquel que da limosna para que lo vean, o que ora para ser oído por los hombres. Las intenciones vanas y terrenales son igualmente inadmisibles tanto en nuestras obligaciones como en nuestras limosnas y devociones. Esas malas intenciones se mezclan luego con nuestras buenas obras y con los actos religiosos. Su condición es igualmente maligna cuando entran en la actividad corriente de nuestro empleo. Si fuera admisible tener estas intenciones en nuestros trabajos mundanos, también sería admisible que las practicáramos en nuestra vida religiosa. Pero así como nuestras oraciones y nuestras ofrendas no son un servicio aceptable para Dios cuando proceden de intenciones impuras, así mismo nuestro trabajo cotidiano no puede ser un servicio para El, a menos que proceda de la misma piedad de corazón.

Jesús habló sobre esto en forma muy enérgica, con palabras fuertes y comprensivas. Explicó el tema, lo reforzó y se extendió sobre él a lo largo de todo el capítulo: “La lámpara del cuerpo es el ojo; así que, si tu ojo fuere sincero, todo tu cuerpo será luminoso;

mas si tu ojo fuere malo, todo tu cuerpo será tenebroso.” El ojo es la intención. Lo que es el ojo para el cuerpo, lo es la intención para el alma. Así como el ojo guía todos los movimientos del cuerpo, del mismo modo las intenciones guían los movimientos del alma. De este ojo del alma se dice entonces que es sincero cuando sólo mira una cosa. Cuando no tenemos propósito distinto al de conocer a Dios – conocerlo con sentimientos puros –, y a Jesús, a quien El ha enviado, entonces tendremos un ojo sincero. La intención pura es amarle a El como El nos amó. Es servirle en la misma forma en que le amamos, con todo nuestro corazón, con nuestra mente, con nuestra alma y con nuestra entereza. Es agradar a Dios en todas las cosas y por sobre todas las cosas en el tiempo y en la eternidad.

“Si tu ojo fuere sincero,” está puesto en Dios, y “todo tu cuerpo será luminoso.” Todo el cuerpo – todo lo que está guiado por la intención –, así como el cuerpo lo es por el ojo. Esto es, todo lo que usted sea, todo lo que usted hace, todo lo que usted desea: su temperamento y sus sentimientos. Esto incluye todos sus pensamientos, sus palabras, sus actos. Todos los cuales “serán luminosos.” Estarán llenos de verdad, del conocimiento divino. Esto es lo primero que debemos entender por luz. “En tu luz veremos la luz,” (Salmo 36:9) “porque el Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones” (2Corintios 4:6). El iluminará

los ojos del entendimiento con el conocimiento de Dios. Su Espíritu Santo le revelará a usted las cosas secretas de Dios. La inspiración del Espíritu Santo le dará entendimiento, y hará que usted conozca la sabiduría. La unción que recibe de El, “hará morada” en usted y le “enseñará todas las cosas.” (Ver Juan 14:16-26). ¡Y de qué manera confirma esto nuestra experiencia! Podemos perder esta luz aun después de que Dios nos ha abierto los ojos del entendimiento. Si buscamos o deseamos cualquier otra cosa que no sea Dios, ¡qué pronto se llena de tinieblas nuestro corazón! Y entonces, los nubarrones se posan nuevamente sobre nuestra alma. Las dudas y los temores nos abruman de nuevo. Somos zarandeados de una parte a otra, sin que sepamos qué hacer. No sabemos qué camino seguir. Pero cuando no deseamos cosa distinta de Dios, los nubarrones y las dudas desaparecen. Nosotros, los que en algún momento estuvimos en tinieblas, ahora somos luz en el Señor. Ahora, la noche fulgura como el día. Encontramos que “la vereda de los justos es como la luz del lucero” (Proverbios 4:18). Dios nos muestra los caminos que debemos seguir. El allana el camino delante de nosotros.

La santidad es la segunda cosa que podemos comprender mediante la luz. Si usted busca a Dios en todas las cosas, lo encontrará en todas ellas. La fuente de Su santidad nos llena continuamente con Su misma semejanza, con Su justicia, con Su misericordia y con Su verdad. Si usted sólo mira a Jesús, y solamente a

El, se llenará con la mente que El tiene. Su alma se renovará día tras día, a imagen de El, que lo creó. Si el ojo de su mente no se aparta de Dios, buscando algo más en los cielos o en la tierra, usted persistirá en esa búsqueda de Aquel que es invisible. Entonces, mientras ve la gloria del Señor, se irá transformando, de gloria en gloria, en Su misma semejanza, por Su Espíritu Santo (ver 2Corintios:3:18).

El hecho de que, mediante la gracia, nosotros somos salvos por la fe, es un asunto de la experiencia cotidiana (ver Efesios 2:8). Es mediante la fe como se abren los ojos de la mente. Por medio de ella vemos la luz del amor glorioso de Dios. Mientras nuestros ojos permanezcan siempre fijos en Dios, tal como lo manifestó Jesús, reconciliando al mundo con El, estaremos cada vez más llenos del amor de Dios y de los hombres. Creceremos en mansedumbre, en docilidad, en longanimidad y en todos los frutos de la santidad. Esto nos llevará, mediante la revelación que está en Jesús, a la gloria de Dios Padre.

Tercero, la luz que llena a quien tiene un ojo puro, significa felicidad, así como santidad. "Suave ciertamente es la luz, y agradable a los ojos ver el sol" (Eclesiastés 11:7). Es mucho más agradable ver el sol de la justicia brillando continuamente sobre el alma. Y si allí se encuentra algún consuelo en Jesús, algún bienestar en el amor, alguna paz que sobrepase todo entendimiento, algún júbilo en la esperanza de la

gloria de Dios, todo esto le pertenecerá a aquel cuyo ojo es puro. De este modo, todo su cuerpo estará lleno de luz. Se regocijará eternamente, orando sin cesar, y dando gracias por todo. Y disfrutará todo cuanto le concierna según la voluntad de Dios, a medida que le sea revelado mediante Jesús.

“Mas si tu ojo fuere malo, todo tu cuerpo será tenebroso.” “Si tu ojo fuere malo.” Vemos que no hay alternativa entre un ojo sincero y un ojo malo. Si el ojo no es sincero, entonces es malo. Nuestras intenciones, en todo cuanto hagamos, deben ser sinceras para Dios. Si buscamos algo más, entonces nuestra conciencia y nuestra mente está manchada.

Entonces, nuestro ojo es malo si, en cualesquiera cosa que hagamos, pretendemos – de cualquier modo – algo distinto de Dios. Si tenemos cualquier propósito que no sea conocer y amar a Dios, nuestras intenciones serán malos. Únicamente debemos buscar servir a Dios y agradecerle a El en todas las cosas. Debemos tener un único propósito: agradar a Dios y ser felices en El, ahora y siempre.

Si su ojo no está fijo sinceramente en Dios, “todo tu cuerpo será tenebroso.” El velo permanecerá en su corazón. Su mente estará cada vez más cegada por el dios de este mundo. Satanás tratará de impedir que la luz del glorioso Evangelio de Jesús brille en usted. Entonces, usted estará lleno de ignorancia y de errores,

cuando mire las cosas de Dios. Sin esta luz, usted no puede recibirlas o discernirlas. Y aunque tenga algún deseo de servir a Dios, usted estará lleno de incertidumbre en la forma de servirle. Encontrará dudas y dificultades en todas partes, y será incapaz de encontrar algún camino para librarse de sus dudas.

Si usted busca alguna de las cosas de la tierra, su ojo no es puro, pues estará lleno de impiedad y de iniquidad. Entonces, sus deseos, sus disposiciones y sus afectos estarán fuera de curso, y llegarán a ser tenebrosos, viles y vanos. Su conversación será tan malo como su corazón. No estará sazonado con sal, o será incapaz de ministrar gracia a sus oyentes. Usted será visto como necio, inútil, corrupto e impío por el Espíritu Santo.

Entonces, tanto la destrucción como la desgracia estarán en sus caminos. Entonces, habrá perdido el camino de la paz. No hay paz – paz sólidamente establecida – para aquellos que no conocen a Dios. No existe verdadero y duradero contentamiento para alguien que no busque a Dios con todo su corazón. Mientras usted aspire a cualquier cosa percedera, todo cuanto suceda es vanidad. Y no será solamente vanidad, sino también vejación del espíritu. Es vanidad, tanto ansiar estas cosas mundanas, como disfrutarlas. Verdaderamente, usted vivirá en tinieblas vanas e inútiles, y se preocupará en vano. Vivirá en tinieblas tan espesas que podrán ser palpadas. Usted

dormirá, pero no descansará. Los sueños de la vida pueden producir dolor. Usted lo sabe. Ellos no pueden dar paz. No hay descanso en este mundo o en el mundo por venir. El descanso está solamente en Dios, que es el centro de los espíritus.

“Si la lumbre que hay en ti son tinieblas, ¡cuántas serán las mismas tinieblas!” El propósito de Dios iluminará el alma entera. La llenará de conocimiento, de amor y de paz, con tal de que ella sea pura, y mientras ella se dirija solamente hacia Dios. Las tinieblas, es pretender algo distinto de Dios. En consecuencia, esas intenciones cubren el alma con tinieblas en lugar de luz. Ellas producen ignorancia, error, pecado y miseria. ¡Oh, cuán grandes son esas tinieblas! Son el verdadero humo que asciende de las profundidades. Son la noche inherente que reina en las profundidades, en la tierra de las tinieblas de la muerte.

Por tanto, “no os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan.” Si usted hace esto, es evidente que su ojo es malo, y no está fijo únicamente en Dios.

¿Observan los cristianos este mandamiento que confiesan haber recibido de Dios por medio de Jesús? De ninguna manera. En ningún grado. Como si tal mandamiento nunca les hubiera sido dado. Ni siquiera los buenos cristianos, considerados como tales por los

demás y por ellos mismos, ponen atención alguna a esto. Bien: podría permanecer oculto en sus originales griegos, porque no hacen ningún caso de él. ¿En qué ciudad cristiana encuentra usted un hombre entre quinientos que tenga la menor preocupación por atesorar tanta riqueza como le sea posible? ¿Dónde está el que no acreciente sus bienes hasta donde pueda hacerlo? En verdad, existen algunos que no harán esto injustamente. Existen muchos que no roban ni asaltan. Existen algunos que no conseguirán riquezas por medio de la ignorancia o la necesidad de su prójimo. Pero esto es otra cosa. Aun aquellos que no ponen reparo al hecho mismo, sino solamente a la forma de lograrlo. Ellos no hacen objeciones al hecho de reunir tesoros en la tierra. Solamente objetan el atesoramiento deshonesto. Ellos no tienen temor de desobedecer a Jesús, sino de quebrantar la moral pagana. Así, estos hombres honrados no acatan este mandamiento más de lo que haría el asaltante de caminos o el ladrón que escala. En verdad, ellos nunca piensan en obedecerle. Desde su juventud, él jamás ha entrado en sus pensamientos. Ellos fueron educados por sus padres, maestros y amigos cristianos sin ninguna enseñanza sobre él. Si recibieron alguna enseñanza fue la de quebrantarlo tan pronto como pudieran, y de que continuaran quebrantándolo hasta el fin de sus vidas.

No existe ejemplo de apasionamiento espiritual con el mundo que sea más asombroso que éste. La mayoría

de los hombres leen u oyen leer la Biblia. Han leído u oído estas palabras cientos de veces; y, sin embargo, nunca sospecharon que ellos mismos pudieran ser condenados por ellas. ¡Oh, que Dios quiera hablarles a estos defraudadores de sí mismos con Su propia y poderosa voz! ¡Quiera El hacerles ver esta asechanza del diablo, y permita que caiga la costra de sus ojos!

Usted puede preguntarse, ¿qué es acumular tesoros en la tierra? Es necesario examinar esto a fondo. Primero, miremos lo que no está prohibido en este mandamiento. Luego, podremos ver claramente lo que está prohibido por él.

No nos está prohibido proveer las cosas que son justas a los ojos de los hombres. No se nos prohíbe conseguir fondos con los cuales paguemos nuestras deudas, cuando ello nos sea requerido. Lejos de eso, Dios nos enseñó a no deberle nada a nadie (Ver Romanos 13:8). Esto no es otra cosa que una ley de justicia común. Jesús no vino a destruir sino a cumplir la ley justa. Segundo, Jesús no nos prohíbe proveernos de las cosas que son necesarias para el cuerpo. Tenemos que recibir alimento suficiente, natural y sano para comer. Tenemos que conseguir ropa limpia para vestirnos. Tenemos la obligación de proveer estas cosas y no ser una carga para nadie más.

No nos está prohibido proveer lo necesario para nuestras familias, pues también es una obligación

nuestra. Aun los principios de la moral pagana lo requieren. El hombre debe proveer a las necesidades naturales de la vida para todos los de su familia. El les enseña los medios para proveer por sí mismos a estas necesidades con su propio ejemplo. Así, cuando él se muera y se vaya, ellos se proveerán de lo necesario por sí mismos.

Estoy hablando de las necesidades naturales de la vida. No estoy hablando de golosinas o de excesos. El hombre no tiene obligación de proporcionárselas, mediante asidua labor, a su familia y, más aún, a sí mismo. Nadie tiene derecho al lujo o a la ociosidad. Pero si algún hombre no mira por sus propios hijos, ha renegado prácticamente de la fe, y es peor que un incrédulo o que un pagano (Ver 1 Timoteo 5:8).

Por último, Jesús no nos prohíbe guardar lo necesario para la realización de nuestros asuntos mundanos. Podemos, de vez en cuando, guardar el dinero necesario para llevar a cabo nuestros asuntos en la medida y en el grado necesarios. Haciéndolo así, debe quedar satisfecho el propósito precedente: Primero, no debemos ser deudores de nadie; segundo, vamos a tener la capacidad de enfrentar las necesidades de la vida; tercero, estas necesidades van a ser provistas para nosotros y para los de nuestra familia, además de los medios para conseguirlas mientras vivamos.

Ahora podremos ver claramente lo que está prohibido aquí, a menos que no queramos verlo: Es tener la intención de conseguir más riqueza de la que satisfaga los propósitos subsiguientes. Es forcejar por tener una cantidad más grande de riqueza de la que requieren estos fines. El atesoramiento de algo más de lo que está aquí lo expresa y absolutamente prohibido. Si es que las palabras tienen algún significado, debe ser éste, pues no hay posibilidad de otra interpretación. En consecuencia, aquel que tenga alimento adecuado, vestido y abrigo para su familia; capital adecuado para sus negocios, y no tenga deudas, responde a estos propósitos razonables. Que aquel que se encuentre ya en estas circunstancias, no busque una porción más grande todavía en la tierra. Aquel que lo hace, vive en abierta y permanente negación de Jesús, pues haciéndolo así, ha renegado prácticamente a su fe.

Escuchen esto todos los que todavía viven en el mundo y aman al mundo. Pueden ser altamente apreciados por los hombres, pero son una abominación a los ojos de Dios. ¿Durante cuánto tiempo estará su alma pegada al polvo de las riquezas? ¿Durante cuánto tiempo cargarán sobre sí mismos el pesado barro? ¿Cuándo despertarán y verán que muchos especuladores paganos declarados están más cerca de los cielos que ellos? ¿Cuándo se convencerán para escoger la mejor parte, que no les será arrebatada? ¿Cuándo se esforzarán por tener tesoros en el cielo, renunciando a todos los demás, temiéndolos y

aborreciéndolos? Si se inclinan por tener tesoros en la tierra, simplemente estarán perdiendo su tiempo y malogrando sus capacidades por lo que no es alimento. ¿Cuál es el premio si tienen éxito? Habrán matado su propia alma. Habrán extinguido la última chispa de vida espiritual en ellos. En verdad, en medio de la vida y de la plenitud, estarán muertos. Serán hombres vivientes, pero cristianos muertos. “Porque donde estuviere vuestro tesoro, allí estará vuestro corazón.” El corazón de ellos está sumido en el polvo del mundo. El alma de ellos está pegada a la tierra. Los afectos de ellos están puestos no en las cosas de arriba, sino en las cosas de la tierra. Los sentimientos de ellos están puestos en las cosas pobres que pueden envenenar, pero no pueden satisfacer a un espíritu eterno hecho por Dios. El amor de ellos, sus alegrías, sus deseos están puestos en las cosas que perecen con el uso. Han desperdiciado el tesoro de los cielos, han perdido a Dios y a Su Espíritu. Han ganado riquezas, pero se han apartado de El.

¡Oh, qué difícil es para los que han ganado riquezas entrar en el reino de los cielos! (Mateo 19:23). Los discípulos de Jesús quedaron estupefactos ante esta enseñanza. Pero lejos de retractarse de ella, El repitió la misma verdad importante en términos más fuertes que antes: “Más fácil es pasar un cable por el ojo de una aguja, que el rico entrar en el Reino de Dios” ¡Qué difícil es para aquellos cuyas palabras son aplaudidas por los demás, no ser sabios ante sus propios ojos!

¡Qué difícil es para ellos no pensar mejor de sí mismos que la pobre, común, baja e ignorante multitud de los hombres! ¡Qué difícil es no buscar la felicidad en las riquezas, o en las cosas que dependen de ellas! ¡Qué difícil es eludir la gratificación de los deseos de la carne, de los deseos del ojo, o del engreimiento de la vida! Oh, ¿cómo puede escapar el rico a la condenación del infierno? Sólo mediante Dios son posibles estas cosas.

Y si usted no tiene éxito, ¿cuál es el fruto de su esfuerzo? ¿Qué gana usted con tener tesoros en la tierra? Aquellos que quieren ser ricos, que lo desean, que se esfuerzan por ello, bien sea que tengan éxito o no, caen en la tentación y en la trampa. Este empeño es una trampa del diablo. El conduce a muchas codicias disparatadas y perjudiciales, a deseos en los cuales la razón no tiene nada que hacer. Estos deseos no pertenecen propiamente a seres racionales e inmortales. Pertenecen solamente a las bestias irracionales que no tienen inteligencia. Ellos llevan a los hombres a la destrucción y a la perdición para la desgracia presente y para la eterna. Veremos muchas pruebas tristes de esto conque sólo abramos los ojos y miremos a nuestro alrededor. Veremos hombres que deseando ser ricos y resolviéndose a ello, codician el dinero, cuyo amor es la raíz de todo mal (Ver 1 Timoteo 6:10). Haciéndolo así, ya se han encaminado hacia muchas desgracias. Se están anticipando el infierno al que irán.

Esto no se afirma absolutamente de todos los ricos. Puede que un hombre sea rico sin ninguna culpa suya, porque la gracia de Dios impida su propia elección. El peligro es para aquellos que desean o buscan ser ricos. Las riquezas con ser tan peligrosas como son, no llevan siempre a los hombres a la destrucción y a la perdición. Es el deseo de las riquezas lo que lleva a esto. Los que desean sosegadamente las riquezas y buscan conseguirlas deliberadamente, sea que lo logren o no, se concilian – de hecho – con el mundo, y hacen que sus almas se pierdan infaliblemente. Estos están vendiendo a Jesús, que los lavó con Su sangre, por unas pocas monedas. Estos entran en un pacto con la muerte y con el infierno. Y su pacto perdurará, pues se están preparando diariamente para compartir su herencia con el diablo y sus ángeles.

¿Quién enseñará a esta generación de víboras a huir de la ira que se acerca? No serán los que permanecen ante las puertas de los ricos o los que se humillan a sus pies. No serán los que desean alimentarse con las migajas que caen de sus mesas. No serán los que solicitan su favor o temen su enojo. Esta advertencia no será tomada en cuenta por ninguno de los que hacen caso de las cosas de la tierra.

¿Existe algún cristiano en la tierra, algún hombre que haya vencido al mundo, que no desee cosa distinta a Dios? ¿Hay alguien que no tema nada, excepto al que es capaz de destruir tanto el alma como el cuerpo en

el infierno? Si es así, oh hombre de Dios, habla y no perdones nada. Alza tu voz como trompeta. Clama en voz alta y muestra a estos honorables pecadores la desesperada condición en que se encuentran. Puede ser que uno entre mil de ellos tenga oídos para oír y, entonces, pueda levantarse y sacudirse el polvo, libertándose de esas cadenas que lo atan a la tierra y llegue, por fin, a tener sus tesoros en el cielo.

¿Y qué tal si uno de éstos se despierta por el grandioso poder de Dios? Qué tal si pregunta: “¿Qué debo hacer para salvarme?” La respuesta, según la Palabra de Dios, es clara, plena y evidente. Dios no le dice: “Vende lo que tienes.” En verdad, El, que ve el corazón de los hombres, vio que era necesario decir esto solamente en un caso particular. El dijo esto al joven amo rico. Nunca lo estableció como una norma general para todos los ricos, en todas las generaciones venideras.

La enseñanza general de Dios es: primero, no ser soberbio. Dios no ve como el hombre. El no nos aprecia por nuestras riquezas, por nuestra magnificencia o por nuestro equipaje. El no valora ninguna de nuestras cualidades o realizaciones que sean directa o indirectamente el resultado de nuestra riqueza. El no está interesado en aquellas cosas que se pueden comprar o conseguir con el dinero. Todas estas cosas no tiene valor para El. ¡Que ellas lo sean ahí también para usted! Tenga cuidado de no creerse

un poco más sabio o mejor a causa de sus posesiones. Pésele en otra balanza. Estímese usted mismo solamente por la medida de la fe y del amor que Dios le haya dado. Si usted tuviera más que otro del conocimiento y del amor de Dios, sólo por este motivo sería mejor. Por ninguna otra razón será usted algo más sabio o mejor, o más valioso, o más honorable que su siervo. Si no tiene este tesoro espiritual, usted es necio y despreciable. Si no es más humilde que el último de los siervos que viven bajo su techo, usted es menos que el mendigo que yace ante su puerta.

Segundo, “no confiar en riquezas inciertas.” No confiar en ellas por salud. No confiar en ellas por felicidad. No confiar en ellas como ayuda. Usted se equivoca miserablemente si busca ayuda en el dinero. El dinero no puede darle más dominio sobre el mundo que el que le da sobre el diablo. Sepa que tanto el mundo como Satanás se ríen de semejante preparación contra ellos. El dinero aprovecha poco el día de la tribulación, aun en el caso de que permanezca en esa hora de prueba. Pero no es seguro que dure. ¿Cuántas veces le nacen alas a la riqueza y desaparece? Pero si no ocurre así, ¿qué apoyo le dará aun en las tribulaciones corrientes de la vida? El deseo de sus ojos, la esposa de su juventud, su único hijo, o el amigo que está próximo a su corazón pueden desaparecer de un solo golpe. ¿Su dinero puede revivir la muerte? ¿Puede él revivir a un difunto en este mundo? ¿Lo protegerá de la enfermedad, de los

males, del dolor? ¿Estas aflicciones sólo visitan al pobre? No. Parece que el pobre tiene menos enfermedades que el rico. El pobre es poco visitado por estos huéspedes incómodos. Si es que estas visitas llegan, son más fácilmente ahuyentadas del pobre que del opulento. Y durante el tiempo en que el cuerpo está castigado por el dolor, ¿cuánto ayuda el dinero? Dejemos que sea el antiguo poeta Horacio el que responda:

“Cuando un hombre está bajo la esclavitud del deseo o del temor, su casa y su hacienda sólo le dan tanto placer como las pinturas al que tiene los ojos lastimados, o como las cataplasmas al que sufre de artritis, o como el sonido de la lira al que tiene dolor de oídos (Epístolas 1.2,52).”

Pero se acerca una tribulación más grande que todas las anteriores. El hombre debe morir. Debemos hundirnos en el polvo. Debemos retornar a la tierra de donde salimos para mezclarnos con el barro común. El cuerpo va a entrar en la tierra, mientras el espíritu regresa a Dios, quien lo dio. El momento se acerca. Los años se van con paso veloz, aunque silencioso. Quizás su tiempo esté para terminar. El mediodía de la vida ya pasó, y las sombras del atardecer empiezan a caer sobre usted. Siente dentro de usted mismo la ineludible aproximación de la vejez. La primavera de la vida se acabó. Ahora, ¿qué ayuda se encuentra en las riquezas? ¿Acaso mitigan la muerte? ¿Acaso

hacen querer esa hora solemne? Muy al contrario. “Oh Muerte, qué amarga es tu memoria al hombre que tiene el contento en sus bienes (Sabiduría 41:1)” Cuán inaceptable es esta terrible sentencia para el perseguidor de riquezas: “Necio, esta noche vuelvan a pedir tu alma” (Lucas 12:20).

¿La riqueza evitará el golpe inoportuno, o demorará la hora terrible? ¿Puede la riqueza liberar el alma para que vea la muerte? ¿Puede ella devolver los años que se han ido? ¿Puede ella añadir un mes, un día, una hora, un momento al tiempo señalado? Las cosas de este mundo, preferidas sobre las cosas espirituales, ¿pueden seguirlo a uno más allá del gran abismo? De ningún modo. Usted llega desnudo a este mundo, y desnudo debe regresar. La evidencia de estas verdades es de tal magnitud que no pueden ser negadas. Ningún hombre mortal puede confiar en la ayuda de las riquezas inciertas.

Así mismo, tampoco puede esperarse que la riqueza produzca la felicidad. En esto también ha sido hallada falta la riqueza en la balanza. Todo hombre razonable puede comprender esto que ya hemos observado. Millones de pesos, o el provecho o los placeres que ellos pueden comprar, no evitan que seamos desdichados. Así ocurre evidentemente, pues el dinero no puede hacernos felices. En verdad, la experiencia en esto es tan grande, tan contundente, tan innegable que hace que todos los demás argumentos sean

innecesarios. Simplemente apelamos a los hechos. ¿Son los ricos y los grandes la única gente feliz? ¿Son todos ellos más o menos felices en proporción a su riqueza? ¿Ellos son felices del todo? De ellos puede decirse casi todo lo que se dice de todos los demás hombres, pues ellos son los más miserables. Por una vez siquiera, el hombre rico dice la verdad desde su corazón: Usted está consumido por el deseo de tener más riqueza, y por el temor de perder lo que tiene. Hable por usted mismo y por sus hermanos.

Entonces, con seguridad, la confianza en la riqueza para conseguir la felicidad es la locura más grande de todos los hombres en la tierra. ¿No está usted convencido de esto? ¿Todavía es posible que pueda tener la esperanza de encontrar la felicidad en el dinero, o en todo lo que él puede comprar? ¿Qué? ¿Pueden el dinero, la comida y la bebida, los bienes y la servidumbre, los vestidos brillantes, las diversiones y los placeres hacerle feliz? ¿Pueden acaso hacerle inmortal?

Todas estas cosas son ostentación mortal. Desprécielas. Ponga su confianza en el Dios viviente. Usted estará seguro bajo la protección del Dios Omnipotente. Su fidelidad y Su verdad serán su escudo y su amparo. El es la ayuda oportuna en el momento de la tribulación. El es la ayuda que nunca puede fallar. Entonces puede decir, aunque todos sus demás amigos desaparezcan: "El Señor vive, y bendito

sea mi poderoso ayudador.” El se acordará de usted cuando se encuentre postrado en su lecho de enfermo. El lo recordará cuando usted no encuentra ayuda en los hombres. El estará con usted cuando toda la riqueza del mundo no pueda darle ayuda. Su consuelo aliviará su pena y hará que usted ponga las manos en el fuego. Y cuando su casa de la tierra esté próxima a derrumbarse, cuando esté para caer en el polvo, El estará con usted. El le enseñará a decir: “¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria? Mas a Dios gracias, que nos dio la victoria por el Señor nuestro Jesús, el Cristo.”

Confíe en Dios tanto para la felicidad como para la ayuda. Todas las fuentes de la felicidad están en El. Confíe en El, que nos da todas las cosas para disfrutarlas copiosamente. El, por Su propia, libre y rica misericordia, nos sostiene como en Su propia mano. Recibiéndolas como dones Suyos y como prenda de Su amor, podemos disfrutar de todo cuanto poseemos. Es Su amor el que da el sabor grato a todo cuanto apetecemos. Su amor pone vida y dulzura en todas las cosas. El decanta las alegrías que están en Su propia mano derecha en todo cuanto El da a Sus hijos agradecidos. Aquellos hijos, que estando en comunión con el Padre y con Su Hijo, gozan de El en todo y por sobre todo.

Tercero, no busque aumentar la riqueza. “No os hagáis tesoros en la tierra.” Este es un mandamiento

categorico y absoluto. Es tan claro como “no cometerás adulterio.” Entonces, ¿cómo es posible para un rico hacerse más rico, sin renunciar a Jesús? ¿Cómo puede cualquier hombre que ya haya satisfecho las necesidades de la vida, ganar más o aspirar a tener más, y permanecer libre de culpa? Si a pesar de esta enseñanza, continúa haciendo esto, ¿por qué sigue llamándose cristiano? Usted no obedece a Jesús. Usted no piensa hacerlo. ¿Por qué toma Su nombre? “¿Por qué me llamáis, Señor, Señor,” dijo Jesús mismo, “y no hacéis lo que digo?”

Usted puede preguntar: “¿Qué debemos hacer con los excedentes de nuestra riqueza, si no los atesoramos? ¿Debemos malgastarlos?” Yo respondo: Si usted los arrojara al mar, si los echara al fuego, estarían mejor empleados de lo que están ahora. Usted no puede encontrar una manera más pobre de atesorar riquezas que hacerlo para su prosperidad. De todos los métodos posibles de malgastar dinero, éste es el peor de todos. Es el más opuesto al Evangelio de Jesús, y el más pernicioso para su propia alma.

William Law escribió: “Si malgastamos nuestro dinero, no solamente somos culpables de malgastar un don que Dios nos ha dado sino que, haciéndonos este perjuicio adicional, convertimos este provechoso don en un poderoso medio de corrupción para nosotros mismos al malgastarlo, al emplearlo para satisfacer una mala inclinación, para gratificar deseos vanos e

irracionales, a los cuales estamos obligados a renunciar como cristianos.

“Así como los talentos y las buenas prendas no pueden emplearse frívolamente, sin exponer a grandes desaciertos a quienes los poseen, así mismo el dinero no puede malgastarse solamente, pues si no se emplea según la razón y la religión, hará que la gente viva una vida más disparatada y extravagante de la que hubieran llevado sin él. Por lo tanto, si usted no emplea su dinero en hacer el bien a los demás, lo empleará seguramente en su propio daño. Obre usted como aquel que se niega a suministrarle licor a un amigo enfermo, que no puede tomarlo sin enardecer su sangre. Porque éste es el caso del dinero superfluo: Si usted lo da a los que lo quieren, es un licor. Si lo gasta en usted mismo, en algo que no quiere, él solamente enardecerá y desordenará su mente.

“Al emplear las riquezas donde no viene al caso, sin tener ninguna necesidad verdadera, solamente estamos usándolas para nuestro gran daño, al estimular los deseos irracionales, al alimentar los temperamentos desquiciados, al darle rienda suelta a las pasiones necias, al tolerar una vana inclinación de la mente. Porque el hartazgo y la bebida, los vestidos finos y los caballos de raza, los bienes y los carruajes, los placeres y las diversiones desordenadas nos hacen daño y perturban nuestro corazón. Ellos son el sustento y el alimento de toda la insensatez y de toda la flaqueza de

nuestra naturaleza. Todos ellos son el sustento de algo que no debe ser tolerado. Son lo contrario de esa sobriedad y de esa piedad del corazón que sazona las cosas divinas. Son una carga tan pesada para nuestra mente que nos hace menos capaces y menos inclinados a elevar nuestros pensamientos y nuestros sentimientos a las cosas de lo alto.

Así, el dinero empleado de esta manera, no sólo se gasta o se pierde, sino que se usa para malos propósitos y para efectos despreciables, para corromper y para perturbar nuestro corazón, para hacernos incapaces de seguir las sublimes doctrinas del Evangelio. Apartarnos de la pobreza no es otra cosa que comprar veneno para nosotros mismos (William Law, *A serious Call to a Devote and Holy Life*, Londres, 1729, pp 82-84)."

Igualmente imperdonable es el atesoramiento de riqueza indebida para cualquier propósito.

“Si un hombre tuviera manos, y ojos, y pies que pudiera darlos a quienes los necesitaran; si él quisiera guardarlos en un cofre, en lugar de darlos a sus hermanos que estuvieran ciegos o cojos, ¿no lo consideraríamos justamente como un infeliz desalmado? Si en lugar de hacerse acreedor a una recompensa eterna dándolos a quienes necesitasen ojos y manos, escogiera más bien divertirse guardándolos, ¿no lo consideraríamos justamente como un loco?

“Ahora bien, el dinero tiene para muchos la misma naturaleza que los ojos y los pies. Por tanto, si lo guardamos en cofres, mientras el pobre y el afligido lo requieren para sus necesidades usuales, no nos encontraremos lejos de la crueldad de aquel que escoge más bien guardar las manos y los ojos que darlos a quienes los necesitan. Si preferimos guardarlo antes que hacernos merecedores a una recompensa eterna al disponer bien de nuestro dinero, somos culpables de esa locura que prefiere guardar ojos y manos antes que convertirnos en benditos para siempre, dándolos a aquellos que los necesitan (William Law, *Ibid.* p. 81).”

¿No es ésta otra razón por la cual los ricos entrarán difícilmente en el reino de los cielos? La inmensa mayoría de ellos se encuentra bajo maldición. Están bajo la especial maldición de Dios. En el transcurso de sus vidas, están estafando a Dios. Están cometiendo peculado y malgastando los bienes de Dios. Por estos mismos medios, corrompen sus propias almas. También están robando al pobre, al hambriento y al desnudo. Con sus actuaciones perjudican a la viuda y al huérfano. Esto los hace responsables por todas las necesidades, aflicciones y desgracias a las que no ponen fin. La sangre de aquellos que perecen de necesidad, o para que los ricos atesoren o guarden innecesariamente, clama desde la tierra. Oh, ¿qué cuenta rendirán a Dios, que está listo para juzgar tanto a los vivos como a los muertos?

La verdadera forma de emplear lo que no necesita para usted mismo, puede ser aprendiendo de estas palabras de Jesús. Ellas son la contraparte de lo que ya se dijo. “Haced tesoros en el cielo, donde ni polilla ni orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan.” Ponga todo cuanto usted pueda ahorrar en lugar más seguro que el que puede ofrecer el mundo. Guarde sus tesoros en el banco de los cielos. Dios se los devolverá el día que usted los necesite. “Al Señor presta el que da al pobre, y él le dará su paga (Proverbios 19:17).” Dar al pobre es lo mismo que poner en la cuenta de Dios. Además, nosotros le debemos a El no sólo esto, sino todo cuanto somos.

Dé a los pobres con buenos ojos. Déles con un corazón recto, y escriba: “He dado tanto a Dios.” “De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos pequeñitos, a mí lo hicisteis (Mateo 25:40).”

Este es el requisito para un administrador fiel y prudente: No vender nada de lo que pertenece a su amo, a menos que una circunstancia especial así lo requiera. No desear la riqueza, ni tratar de aumentarla solamente para malgastarla en vanidades. Emplearla totalmente para aquellos propósitos prudentes y razonables para los cuales Dios la puso en sus manos. El administrador prudente, después de haber provisto para su propia casa, se hace amigos con todo lo que le sobra. En cualquier momento en que su tabernáculo

en la tierra se derrumbe, él será bienvenido en el paraíso, en la casa eterna de Dios en los cielos.

Por tanto, usted que es rico en el mundo, teniendo la autoridad de Jesús para ello, haga el bien habitualmente. Usted tiene la posibilidad de hacer buenas obras. Sea misericordioso como su Padre celestial es misericordioso. El hace el bien sin tregua. ¿Hasta dónde puede ser usted misericordioso? Según sus posibilidades, con toda la capacidad que Dios le haya dado. Haga de esto su medida para hacer el bien. No lo mida a la manera del mundo. Sea rico en buenas obras. Si tiene mucho, dé mucho. “De gracia recibisteis, dad de gracia (Mateo 10:8).” Esto es lo mismo que tener tesoros en el cielo. Esté listo para dar a cada uno según sus necesidades. Gaste abiertamente: dé al pobre, comparta su pan con el hambriento. Vista al desnudo, hospede al forastero, lleve o envíe consuelo a los que estén en prisión. Sane al enfermo, no solamente con milagros, sino mediante la bendición de Dios con su ayuda financiera. Que quien esté próximo a morir, lo bendiga por alguna extrema necesidad que usted haya socorrido. Defienda al oprimido, abogue por la causa del huérfano y haga que el corazón de la viuda cante de alegría.

Participe de la santa confraternidad de los primeros cristianos. Ellos dijeron que nada de lo que tenían era suyo, y tenían todas las cosas en común (Hechos 2:44;

4:32). Sea un administrador bueno y fiel de Dios y del pobre.

Usted difiere del pobre en dos circunstancias solamente. Primero, sus necesidades están satisfechas. Segundo, usted recibe bendiciones dando esa parte de sus bienes que no necesita. Así, usted se asegura un buen apoyo. No atesore en el mundo que ahora existe, sino hágalo en el mundo que viene, para la vida eterna. Ese apoyo y todas las bendiciones de Dios están en Jesús, en Su justicia y en lo que El ha hecho y sufrido por nosotros. De ningún otro apoyo puede disponer el hombre. Mediante Sus méritos, todo lo que usted haga en Su nombre es un motivo para una buena recompensa. Todo hombre recibirá su propia recompensa, según sus propias obras. Por tanto, no trabaje por la riqueza que se acaba, sino por lo que dura para siempre. Por tanto, todo lo que usted encuentre para hacer, hágalo con toda su capacidad.

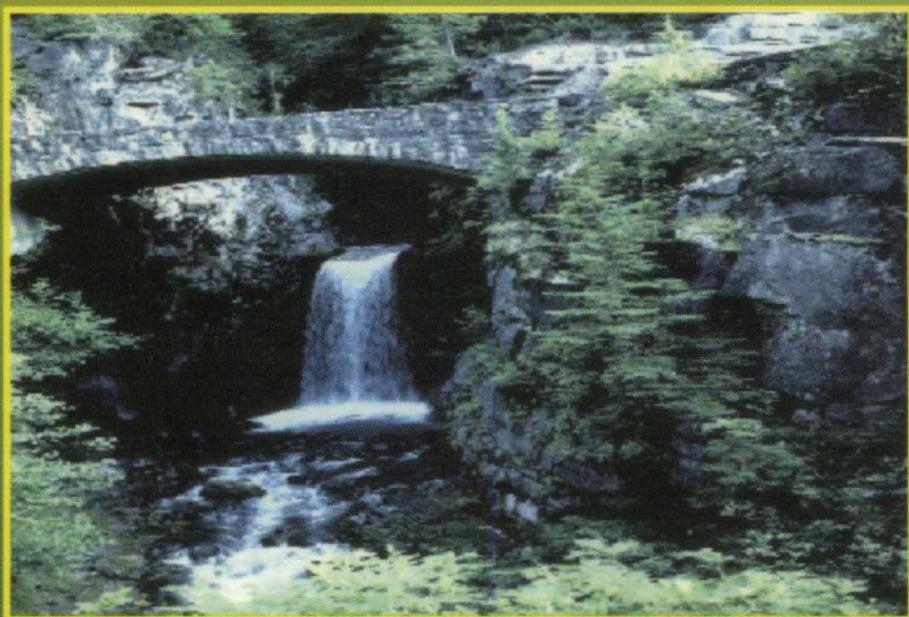
Persista en sus buenas obras. Busque la gloria de Dios, el honor y la inmortalidad. Sea constante y celoso en la realización de todas sus buenas obras. Espere esa hora feliz cuando el Señor dirá: "Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui huésped, y me recogisteis; desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; estuve en la cárcel, y vinisteis a mí... Venid, benditos de mi Padre, poseed el Reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo."

Para obtener copias adicionales de este folleto (o de otros similares) llámenos al 346-1419, Santafé de Bogotá o escribe al Apartado Aereo 95.300.

Libros Disponibles de Martin Stendal en Español:

1. **Secuestro y Reconciliación.** El Testimonio personal de casi cinco meses en poder de la guerrilla Colombiana.
2. **Las Bienaventuranzas – El Plan de Dios Para la Batalla.** Lecciones para aprender a caminar a la manera de Dios.
3. **El Tabernáculo de David.** La verdadera alabanza de vivir en comunión con Dios.
4. **El Elías Que Ha de Venir.** El auténtico ministerio profético que anuncia la segunda venida de nuestro Señor Jesús, el Cristo.
5. **Y la Tierra Responderá al Trigo.** El grano de trigo debe morir para así producir mucho fruto.

Dirija su pedido al Apartado Aéreo 95.300,
Santafé de Bogotá, Colombia
Teléfono: 346-1419;
E-Mail: Colombia-para-Cristo@inter.net.co



Colombia para Cristo
A.A. 95.300
Santafé de Bogotá